

# De la riqueza del Archivo Histórico del Colegio de las Vizcaínas

Josefina Muriel

Entre los interesantes documentos que forman el Archivo Histórico del Colegio de las Vizcaínas se encuentran unas hojas sueltas que informan sobre quiénes eran las personas que en la Semana Santa de 1575 y en el año de 1576 formaban la Archicofradía del Santísimo Sacramento y Caridad.<sup>1</sup> El listado de nombres que hay en ellas mirado aisladamente daría una reducida información histórica, pero si lo relacionamos con los cofrades fundadores y los que en los siglos XVII y XVIII les siguieron nos pueden dar el perfil humano de la Cofradía, y con ello su valor histórico.

Con el nombre de Cofradía de la Santa Caridad fue establecida el año de 1538 bajo la dirección del distinguido franciscano fray Alonso de Herrera en el convento de San Francisco, siendo sus fundadores Francisco Vázquez de Coronado, Francisco de Solís, Miguel López, Luis de Castilla, Bernardino de Albornoz, Alonso de Villanueva, Jorge de Alvarado, Antonio de la Cadena, Francisco Rodríguez, Alonso Navarrete, Martín Vázquez, Juan de Burgos, Cristóbal de Cisneros, el doctor

Cristóbal Méndez, Lope de Samaniego, Juan Jaramillo y otros más.<sup>2</sup>

Analizando los nombres que aquí aparecen veremos que se trata de las personas que conquistaron México, que descubrieron las tierras del norte, que le dieron la dimensión geográfica a la Nueva España, pero al mismo tiempo se menciona a quienes habían llegado como pobladores.<sup>3</sup>

Si consideramos que unas y otras se asientan en la ciudad, salvo alguna excepción, hacen sus casas en ella y forman aquí sus familias, empezaremos a ver a través de ellas una ejemplar manifestación de aquella sociedad novohispana que estaba naciendo con el grupo español, al que conocemos actuando en la encomienda y en la minería y los miraremos intervenir en la naciente organización política y administrativa de la ciudad de México, ocupando los puestos de factores de la Real Hacienda, alcaldes, regidores, etcétera.

Mas entre los fundadores de la Cofradía surgen los nombres de quienes no teniendo la importancia de los anteriores, participaron de los

<sup>2</sup> *Libro de Cabildo de la Cofradía del Santísimo Sacramento y Caridad*, I, Ms. The Nettie Lee Benson American Collection. Austin, Texas.

<sup>3</sup> Muriel, Josefina, *La sociedad novohispana y sus colegios de niñas*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995, pp. 101-106.

<sup>1</sup> *Memoria de los cofrades que se hizo en esta Semana Santa de 1575 años y Memoria de los cofrades de 1576*. AHCV. E9, TII, vol. 28, exp. 7.



propósitos que habían llevado a establecer la hermandad; éstos son el carpintero Francisco Rodríguez y el doctor Cristóbal Méndez. Todos ellos, según consta en el acta constitutiva, se unieron para “aplacar al Señor, para perdonar tantas culpas, miserias y pecados como siempre contra su Majestad cometemos”. Para alcanzar el perdón, y satisfacer la justicia divina, se proponen ejercer la caridad. La realización de esa caridad la estipulan mediante las ordenanzas que ellos mismos redactaron.

Los miembros de la Cofradía se gobernaban por una mesa directiva elegida democráticamente cada año. En ella, dispusieron el socorro de los cofrades en favor de los inmigrantes que, menesterosos y enfermos, llegaban a Veracruz, o bien de los desempleados que había en la ciudad de México, o de los enfermos hospitalizados, de los leprosos, de los niños de la casa de cuna, de las viudas y de los huérfanos.

En 1548 añadieron a sus obras sociales la creación del Colegio de Niñas de Nuestra Señora de la Caridad, la dotación de jóvenes para el matrimonio y monjío, y la ordenación de sacerdotes.

En el año 1544, en acuerdo con el arzobispo don fray Juan de Zumárraga, la hermandad recién constituida trasladó su sede a la catedral para dar culto al sacramento de la eucaristía. Allí tuvo su propia capilla<sup>4</sup> y cambió su nombre por el de Archicofradía del Santísimo Sacramento y Caridad.

Con este nombre la vemos vivir y desarrollar sus obras durante más de trescientos años. Ahora bien, ¿quiénes fueron esos varones que en tan largo tiempo la formaron, y que fueron capaces de seguir compartiendo sus ideales de cristianos piadosos y caritativos? Mirando la lista de nombres que nos da el documento citado al principio, nos damos cuenta de que ya no formaban la Cofradía solamente españoles, sino también criollos. Y que a los importantes conquistadores se habían unido aquellos que trabajaban en los diversos oficios que la ciudad ameritaba.

Por la nómina de 1575 encontramos que en

<sup>4</sup> Muriel, Josefina, “La capilla de la cena en la Catedral de México”, *Estudios de Historia Novohispana*, núm. 3, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970.

un lapso de treinta y siete años se habían inscrito en la Cofradía doscientas diecisiete personas (Documento 1) y al año siguiente ciento cuatro más, todos varones,<sup>5</sup> que pertenecían a diversos grupos sociales, entre los cuales se encontraban los hijos del virrey don Luis de Velasco I, que se nombran como don Francisco y don Luis. De ellos, don Luis de Velasco era regidor de la ciudad, después alcalde y de 1590 a 1595 sería virrey de la Nueva España. Otros cofrades ocupaban cargos de alguaciles, alcaldes, procuradores, regidores, incluso aparece un capitán de la guardia del virrey, así como mayordomos de la ciudad y de la catedral.

Ingresaron igualmente bachilleres, licenciados y doctores, como Francisco del Toro y el doctor Vique; no faltaron los que ya eran hombres importantes en la economía novohispana como los Castilla, De la Cadena, Suárez de Peralta, Albornoz, Guerrero, etcétera.<sup>6</sup> A ellos se sumaron los escribanos, los “maestros de enseñar muchachos”, los boticarios, los libreros, los plateros, los mercaderes en sus diferentes ramas, los cereros, los sastres, los jubeteros, los bordadores, los sederos, los calceteros, los confiteros, los candileros, los guarnicioneros, los toneleros, los barberos y los zapateros.

En 1576 se agregarían, entre otros, el famoso arquitecto Claudio de Arciniega, quien haría para la Cofradía el edificio de su colegio, e intervendría en sus dos capillas de la catedral, la de la Cena y la de Nuestra Señora de Guadalupe. Y entre tantos cofrades, no faltaron los poetas como Francisco de Terrazas.

Los nombres y ocupaciones que nos proporcionan las listas de cofrades nos permiten reconocer a la Cofradía del Santísimo Sacramento y Caridad como una hermandad abierta, cuya existencia durante tantos siglos se debió al interés siempre vivo de aquellos novohispanos en los valores religiosos de la piedad y la caridad que la habían hecho nacer, valores cristianos que se transmitieron a través de la familia como una he-

<sup>5</sup> *Memoria de los cofrades de 1576*. AHCv, E9, TII, vol. 28, exp. 7.

<sup>6</sup> Porras Muñoz, Guillermo, *El gobierno de la ciudad de México en el siglo XVI*, México, UNAM, 1982 y *Personas y lugares de la ciudad de México*, México, UNAM, 1988.



rencia cultural. Por eso encontramos como cofrades a los hijos de los fundadores, por ejemplo, a Pedro y Baltazar Muñoz, hijos del maese de Roa; a Pedro, Juan Guerrero y Hernando Cano Guerrero, hijos de Juan Guerrero, y a Manuel Villegas, hijo de Francisco de Villegas; los ejemplos continúan a lo largo de toda la vida colonial, según las listas de cofrades y actas de cabildo que existen en nuestros archivos.

Ahora bien, revisando la rica documentación que existe, encontramos que jamás llegó a ser una cofradía elitista en cuanto a la recepción de sus miembros, ni en el apoyo que recibió para la realización de sus obras. Por el contrario, cada uno de sus miembros dio lo que pudo y cuando quiso. Así, al lado de un Simón de Haro, de un Juan de Chavarría y Valero, de un José de Retes, de un Antonio de Urrutia y Vergara, de un Fernando de Altamirano Castilla Lagaspi, de un Francisco de Fagoaga o de un Ambrosio Meave, de un González Calderón y de un Manuel Aldaco que dieron grandes cantidades de dinero, estuvieron en los diversos tiempos Cano Moctezuma o un Carlos de Sigüenza y Góngora, y otros más que ayudaban sin dar más aportación económica que una pequeña limosna, pero que participaban en todas las obras de la Cofradía con su co-

laboración personal y su presencia en las grandes ceremonias religiosas que realizaba, como por ejemplo la famosa procesión de Corpus Christi o los festejos de la bendición de las diversas iglesias que tuvo el colegio, o las recepciones a los virreyes, actos que, siendo de interés común a la sociedad novohispana, lo eran de unidad entre todos los elementos que la constituían.

El prestigio que alcanzó la Cofradía a través de los siglos propició la gran confianza que en ella tenían las más diversas personas de la sociedad, tanto hombres como mujeres. Por ello, le fue encomendada la administración de las "Obras Pías", las cuales instituían en vida y por mandas testamentarias, en favor de los necesitados. Por esta razón, la Archicofradía llegó a manejar grandes capitales, los cuales, unidos a los propios, la convirtieron en la más rica archicofradía del Virreinato.

Sus bienes fueron incautados por el gobierno en el siglo XIX, como consecuencia de la aplicación de las Leyes de Reforma; sus obras sociales y su colegio fueron suprimidos, pero aún quedan en pie el edificio colegial y la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, como testimonios de aquellos antepasados nuestros, que unidos hicieron trascender sus generosas obras en favor de los necesitados de esta ciudad.

